

PIERRE MINET

La derrota

Confesiones

Traducción y prólogo de

JULIO MONTEVERDE

ÍNDICE

«¡BIENVENIDOS, ENEMIGOS DE LA VIDA COTIDIANA!».

PIERRE MINET O LA VICTORIA INAPELABLE, 7

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 1973, 17

La derrota. *Confesiones*, 19

PRIMERA PARTE, 33

SEGUNDA PARTE, 65

TERCERA PARTE, 113

CUARTA PARTE, 179

GÉNESIS DE LA *DEFAITE*, 215

UNA LECTURA ITALIANA DE LA *DERROTA*, 225

NOTICIA, 227

«¡BIENVENIDOS, ENEMIGOS
DE LA VIDA COTIDIANA!»

PIERRE MINET O LA VICTORIA INAPELABLE

Comenzar delimitando una imagen. Pierre Minet tiene diecisiete años en 1925. Hace varios meses que ha huido del hogar familiar y habita las calles de París. No tiene casa, y ha abandonado sistemáticamente todos los empleos que sus amigos le han conseguido. Sobrevive como puede sin dinero ni obligaciones. Y la imagen es esta: plantado en el borde de la acera del boulevard Saint-Michel, inmóvil y con la frente erguida. Muerto de hambre y de sueño, pero dispuesto a lo que venga, ofrecido al viento de lo eventual. Magnífico y desafiante, real como el anhelo de aventura, como la poesía.

Esta imagen, que para algunos lectores de La derrota continúa vibrando como un diapasón cada vez que la corriente de lo grotesco sume a la vida cotidiana en el oprobio, es potente porque es clara, y resume a la perfección el espíritu de un libro en el cual quedó depositado quizá lo mejor de toda una forma de entender la vida; esa manera de estar en el mundo surgida de la revuelta contra una moral y una estructura social inhabitables, que tuvo su epicentro en el París del pasado siglo y que quizá pudiera resumirse, sin pretender ignorar ninguna de las implicaciones que de ella se desprenden, con la fórmula: Todo para el deseo a través de la poesía.

Pero La derrota, como libro, luce igualmente un subtítulo —«Confesiones»—, que si bien, en nuestra opinión, no es el todo acertado, al menos tiene la ventaja de no especular. Pues parece bastante claro que no nos encontramos frente a un libro de «memorias». Mucho menos frente a uno de esos relatos atrabiliarios puestos en boga tras el triunfo

editorial de la beat generation y que los diferentes postmodernismos literarios convirtieron en cliché. Minet lo afirmará sin rodeos: «No quiero escribir un libro de memorias. Intento dar sentido a todo esto», y esta diferencia esencial es la responsable de que nos encontremos, más que frente a una sucesión de interesantes episodios de la bohemia parisina, delante de un auténtico proceso ejecutado contra toda una vida a partir de una experiencia ocurrida en un periodo muy concreto de la misma. De este modo, todo lo que se relata en este libro: la huida de la casa familiar, el paso por los ambientes reaccionarios de la Action Française, la relación con los «hermanos» del grupo poético El Gran Juego, los últimos destellos de la bohemia simbolista, las incursiones en la prostitución masculina, los años dorados de Montparnasse, el vislumbre de la aristocracia surrealista, etc., nos acerca sin duda de forma extraordinaria a un «ambiente» irrepetible, como fue el de París de los años veinte y treinta. Pero que se entienda claramente: Minet no nos cuenta su vida. Minet describe un estado. Y este estado es el que, defendido contra viento y marea, incluso contra las trampas que el mismo autor le pondrá con el paso de los años, hace que la vida al completo bascule a su alrededor y se vea obligada a medirse con él.

Es por todo ello que Pierre Minet proclamó: «he tomado la palabra en nombre de la poesía y del deseo», incluso, añadimos nosotros, enfrentándose al propio autor si es necesario. De este modo, a diferencia de otros libros que sí pretenden ser memorias, en La derrota la celebración de la peripecia no tiene como objetivo redimir al protagonista, sino muy al contrario condenarle por no haber estado a la altura de su propia victoria. Y es que, a pesar de las apariencias, lo que este libro narra no es exactamente esa derrota de la que nos habla su título. Todos los episodios de esta historia —a excepción quizá de ciertos pasajes finales— componen la descripción de una victoria luminosa, una construcción en la que la poesía convertida en forma de vida ofrece el máximo de sus posibilidades. Pero es a partir de este punto que el libro se muestra abrumadoramente honesto, ya que no intenta mediatizar, relativizar o capitalizar esa victoria desde la «sabiduría» que ofrecería

En memoria de
Claude Naville, Richard Weiner,
Roger Gilbert-Lecomte, René Daumal,
Mordaunt Goodliffe y Max Jacob.

Ah, hijos míos, si el mundo os ultraja, caed con él sobre vosotros mismos y ayudadle a despreciaros.

Maestro Eckhart

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 1973

GIRO ALREDEDOR DE ESTE libro, como si quisiera encontrar una abertura por la que entrar. ¿Pero serviría de algo esa irrupción?

Mi juicio sobre él está establecido desde hace mucho tiempo. Al principio lo admiré. Por su veracidad. Por restituir tan logradamente un pasado prestigioso que parecía vengarme de aquello en lo que me había convertido. Después me abrí a otros horizontes. Dejé de sentirme identificado con estas confesiones, de agitarlas como una bandera, de reconocermé en su conclusión. La vida se volvió una fiesta, estaba a mi merced y yo comenzaba la ascensión hacia la responsabilidad y la felicidad. Podía finalmente presentar mi candidatura a mi propia persona.

Es así que de buena gana y con toda simplicidad consiento en la reedición de una obra de la que ya no tengo nada que temer, y que sigue pareciéndome fidedigna hasta el punto de que no puedo leerla, aunque sean unas pocas líneas, sin estallar de risa o emocionarme. Sí, yo era un auténtico poeta en aquel tiempo. Totalmente libre. Siempre con un montón de sueños entre los brazos. Parecido a un mago que transfigura de modo natural todo lo que toca. Enemigo de una realidad con la que no hubiera sabido qué hacer, que para mí aún no tenía existencia.

Si hoy no me encuentro en mejores términos conmigo mismo, es porque la voz que escucho es exigente, y porque no sabría obedecerla a medias.

En cuanto a las injusticias que, aquí y allí, llenan este texto, y a cierto retrato deliberada y violentamente exagerado, he de decir

UN DÍA COMO TODOS los demás. Al levantarme esta mañana: «¡Vaya, sigues ahí!»... Y he bostezado al volverme a encontrar. Otra vez la misma historia; el mismo aburrimiento. También la misma esperanza que me exaspera. La conozco demasiado bien, y eso es lo más humillante. Cuando aparece comienzo a sonreír; sé que es una idiotez pero no puedo evitarlo. Me pongo alegre, muy alegre. Me da la sensación de que tiene razón y de que la vida, en efecto... Justo después me pregunto cómo he podido creerme otra vez sus mentiras. Y vuelvo a chapotear en mi agua sucia. Sin encontrar ya ningún placer, por supuesto. ¿Pero qué otra cosa puedo hacer?

Tengo un peso en el corazón. Es una excelente expresión y me la apropio. Me gustaría quizá añadir que no puedo más, pero no es cierto que no pueda más. Seguiré mucho tiempo así; hasta el final. Siempre con esta bella jeta de hombre, que tanto odio. La jeta y todo lo demás.

Es posible que esté enfermo. De la cabeza. ¿Los que me rodean también se desgarran así? ¿Se preocupan de sus olores? Lo cierto es que al menos parecen limpios. Me pregunto cómo harán para no vomitar, pues está claro que no vomitan. Tienen un corazón a toda prueba. Un gran estómago que lo digiere todo. Son fuertes y yo soy débil. Mi debilidad es la única cosa de la que estoy orgulloso. Sin ella se me podría tirar a la basura tranquilamente.

Naturalmente he reflexionado mucho sobre todo esto. Yo reflexiono terriblemente sobre mí mismo. Los ojos como platos, las manos tendidas hacia adelante, a tientas. «¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¿Eres tú?...». Siempre acabo por atrapar a uno. Le llevo a una

esquina y lo hablamos. Invariablemente la cosa termina mal; me voy de vacío y él también. ¡Hasta la vista! ¡Siguiente!

Pero no puede ser tan grave. ¿Estoy exagerando? No lo bastante. Si mi vergüenza se pudiera multiplicar por diez lo llevaría mejor. Tendría alguna oportunidad. Todo esto no es lo suficientemente negro. ¡Ah! ¡Si me pusiera trágico! Pero para eso primero haría falta que me tomase a mí mismo en serio. Y no me encuentro nunca más grotesco que cuando lo intento. Es curioso, lo serio me agrada en los demás, y con frecuencia me impresiona. Admiro el esfuerzo, no veo la superchería. Cuando se trata de mí, me parto de la risa. O me pongo furioso. El mal gusto me horroriza.

Los remedios no faltan. Lo sé, me lo han repetido muchas veces. ¡Dios me libre de curarme! La salud moral, ¡no la quiero ni regalada! Yo amo mi enfermedad. Solo que me parece que no sufro lo suficiente, hasta el punto de que a veces me pregunto si será real. Aunque no me ame, con frecuencia estoy bien conmigo. Excelentes relaciones, familiaridad, confianza; un principio de simpatía en definitiva. Tiempo perdido.

Tengo treinta y seis años. Treinta y seis o cincuenta, ahora... Dentro de catorce años, si sigo con vida, bostezaré igual que hoy. Incluso si tengo pinta de estar contento, si me vuelvo alguien importante como quien dice, o incluso fornicando, si es que todavía fornico, bostezaré. Es inevitable. Siempre me pasará igual.

Evidentemente no escribo todo esto por el simple placer de escribir. No, valgo más que eso. No voy a confesarme más que porque le encuentro una utilidad. Tengo una gran necesidad. Por otra parte, no está probado que no ayude a nadie. Pretendo interesar. No siempre he sido esto que soy ahora. También creo que mi experiencia es bastante significativa. No me ha faltado el valor: aquello de lo que los otros hablan yo lo he conocido, probado. Realmente tengo muchas cosas que contar. Y es importante que las cuente.

PRIMERA PARTE

I

MI INFANCIA ME MARCÓ tan completamente que es necesario que la evoque, aunque sea brevemente. Mi primer recuerdo es uno de los más importantes de mi vida. Debía tener cinco años. De rodillas delante de un desagüe, intentaba sacar el trozo de papel que lo obstruía. Era la portada de un número de *Fémina* que había logrado extraer. Las seis letras negras que aparecieron determinaron la primera gran victoria de mi imaginación y decidieron mi sensibilidad. De *Fémina* hice Féminan, y de Féminan el primer rey de Luna.

Recuerdo todavía uno de los logros del reinado de este monarca: la creación de una línea de metro en Strasbourg-Saint-Denis, la capital de su reino. No obstante, este modernismo dejó pronto de interesarme. Féminan se convirtió rápidamente en un soberano medieval.

Personaje horrible, su hijo Féminan II el Cruel se alimentaba de carne humana. Cada noche, en cestas de mimbre descolgadas mediante una cuerda, sus soldados bajaban a la tierra para robar los bebés que luego se llevaban a la luna. Aquellos inocentes eran servidos inmediatamente en la mesa del rey. No sé bien cómo acabó aquel ogro coronado, pero es probable que muriera asesinado. Su dinastía se perpetuó durante largos siglos hasta Féminan XXXIII. Este príncipe fue derrocado por Pierre Ponce, que al morir pasó el poder a Blanco de España.

Todo esto lo escribía y luego lo ilustraba con mis dibujos. Iniciada en Reims en 1914, la historia de Luna continuó durante la guerra y más allá. Dos de mis hermanas participaban de mis creaciones. Y cuando nos reuníamos, representábamos los hechos que habíamos escrito. Nos repartíamos los papeles. Éramos por igual reyes, ministros, reinas, asesinos, favoritas o ejércitos enteros. Las guerras se desataban entre lunáticos y lunares, pueblo vecino que a decir verdad me interesaba poco. Pero se necesitaba un enemigo, necesitábamos dos pueblos y fronteras que cruzar.

A la muerte de Blanco de España el país cayó en un estado de anarquía indescriptible. Un terrícola, el barón de Crac, se aprovechó de ello para desembarcar en la Luna, no recuerdo gracias a qué métodos, con el objetivo de apoderarse de ella. Aquel fue el Día Maldito. Yo lloraba y luchaba desesperadamente contra los peligros que mi imaginación iba acumulando. Había que proteger el reino de Luna. Era necesario un salvador.

Por aquel entonces yo vivía en Vertus, en el departamento del Marne. Mis horas en la escuela no contaban para mí. Solo vivía cuando salía de clase. A medida que me acercaba a casa la ciudad perdía toda realidad y tomaba un aspecto feudal. Yo poblaba las calles con mis personajes. En cada hueco se escondía un asesino o un héroe. Los tambores sonaban. Tocaban a rebato. Cuando llegaba a casa de mi abuela me quitaba rápidamente mi boina y mi capa y corría al pasillo donde me esperaba mi sueño. Estaba oscuro. Unas cortinas colgaban de los extremos. Pero conmigo entraba una multitud de personajes. Lo mismo me encontraba en una sala ojival brillantemente engalanada donde discutían los grandes del reino, en una callejuela oscura por la que pasaban una y otra vez los grupos de espadachines, en la celda de un prisionero o en una iglesia en la que rezaba un caballero. Estas imágenes se inspiraban en las viñetas de Tony Johannot que yo podía ver en una edición de las obras de Walter Scott.

Al penetrar esa tarde en aquel pasillo, me encontré con un gigante tan bello como poderoso. El Zuavo. El libertador. Me ofrecía su espada. Desde todos los rincones las tropas del barón Crac desembocaban en Strasbourg-Saint-Denis. Las murallas iban a perder a sus últimos defensores. Los traidores estaban abriendo ya las puertas. Comenzaba el pillaje y los asesinatos. Entonces el Zuavo se adelanta. Con una mano agita su estandarte y con la otra golpea de manera extraordinaria. Es una escena confusa, una hecatombe. Después, extenuado, entra en el palacio real, se echa en la cama y se duerme.

Yo estaba igual de cansado que él. Llevaba una hora agitando el brazo, gritando, representando todos los papeles a la vez. La tragedia me habitaba. Contemplaba al guerrero dormido. Desde el exterior me llegaba el ruido espaciado de una salva de mosquetes. La villa recobraba el aliento. De repente, las cortinas se mueven. Borabore, el verdugo, ha entrado. Lentamente se acerca a la cama. No me ve, no puede verme. Con precaución abre su amplia capa. El hacha que empuña es enorme. La levanta y con todas sus fuerzas la deja caer sobre el durmiente. Después huye. El eco de sus pasos se pierde por las escaleras.

El Zuavo gime y se levanta, inundado de sangre. Ahora ha vuelto la luz y el combate vuelve a empezar. Crac cree tener cerca la victoria. Pero se oye un grito: «¡El Zuavo!». El milagro se cumple. Los terrícolas huyen en desorden y son precipitados al espacio desde la luna.

Después de veintinueve años veo de nuevo la escena claramente. Especialmente al verdugo, que era tuerto y movía constantemente los labios como si estuviera rezando. Al final de aquel gran día escribí a mis hermanas para contarles lo sucedido. La Revolución rusa, de la cual oía hablar por entonces y que complicaba el fin de la guerra, me parecía ser infinitamente menos importante que lo que acababa de vivir. Escuchaba distraídamente como mi abuela descargaba toda la reprobación del mundo civilizado sobre

II

«HIJO, ME DIJO UN día mi padre, estoy harto de ti! ¡Nada te interesa! ¡Ni en casa ni en la escuela! ¡Ya no aguanto más tus ideas, tus burlas, toda esa sarta de tonterías que pretendes hacernos pasar por genio! Todo eso solo esconde una enorme pereza. Tienes que ponerte a trabajar en serio. ¡Cambiarás de idea, hijo, ya lo verás! ¿Te horroriza trabajar en el campo, no es cierto? ¿Es indigno de ti? Mírame: ¿Te avergüenzas de mí? ¡Desgraciado! ¿Sabes adónde te llevarán tus sueños de grandeza, tu insumisión? ¡Al arroyo! ¡Pero bueno, ya basta! ¡Eres mi hijo y me obedecerás hasta que cumplas la mayoría de edad! He decidido que voy a colocarte. Quieras o no, aprenderás un oficio; pero nada confuso como el teatro. Un auténtico oficio, un oficio honesto ¡que hará de ti un hombre! ¡Y no me sonrías de esa forma o te doy una bofetada!».

Es verdad que sonreía. Pero sin malicia. Sin el más mínimo rencor. Me parecía que aquellas palabras venían de otro mundo, y me enternecían por su obstinada inocencia, su apariencia de broma, como si hubiesen sido muñecos, o juguetes. Yo ya estaba del otro lado, en otra tierra, y mientras mi padre se alejaba yo continuaba mirándole con una sonrisa, lleno de dulzura, con ese silencio delicioso que da la felicidad. Era un pobre diablo, un hombrecillo que desaparecía con sus pensamientos microscópicos, su autoridad en miniatura. Era mi enemigo, sí, pero estaba vencido de antemano. La guerra. Me entusiasmaba ese combate por los laureles que podría lucir cuando venciese. La tarde caía. En el cielo suave, en el horizonte azulado que cerraba la llanura, por todos lados descubría mi imagen más allá de mi prisión. Mi libertad me precedía, pronto vendría a buscarme y partiríamos juntos.

Una semana más tarde, muy temprano, mi padre me llevó a Châlons. Había encontrado el lugar en un anuncio en el periódico. «Fábrica de quesos al por mayor solicita joven empleado presentado por sus padres». Estaba claro. Aquello me metería en cintura. Por otra parte, quién sabe, quizá acabaría por cogerle el gusto. Sin embargo, no habían pasado cinco minutos de conversación con el dueño que mi padre comenzó a inquietarse. «A mi hijo le gusta la literatura. Ama las bellas artes, ya sabe. —Aquí se amasan quesos, se les pone de un lado, y luego del otro. ¡Ese es todo el trabajo! ¡La inteligencia no me importa! Hay que levantarse a las cinco de la mañana, y acostarse a las ocho de la tarde. El domingo para divertirse. ¿Le conviene?». Mi padre le pidió un poco de tiempo para pensar. El tiempo de desayunar y decidiríamos. De acuerdo. «¿Y bien, hijo mío? A lo mejor te parece un poco duro. Si crees que no lo vas poder aguantar te busco otra cosa». ¡De ningún modo! La experiencia me tentaba. Se abrió sobre la revuelta, estaría al aire libre. Volvimos para contestar. Después del beso de rigor, mi padre volvió a la estación. Sentado en la cocina, esperando tranquilamente a recibir órdenes, miraba como la dueña de la casa preparaba la comida. Lloraba y se quejaba constantemente. Varias veces se acercó a mí y me miró con una avidez dolorosa e ingenua. Me preguntaba qué le ocurriría. Finalmente, acercándose más, me murmuró trágicamente al odio: «Él bebe». Su alientoapestaba a ajo. Volví la cabeza y ella volvió a sus cacerolas.

En Châlons sufrí por primera vez en mi vida. Tenía horror al toque de corneta, y salía huyendo cada vez que sonaba. Aquello no eran notas, sino gritos, un grito que cada tarde yo escuchaba desde mi buhardilla sobre el cuartel. Desde la ventana podía ver al soldado. Avanzaba hasta la mitad del patio y tocaba su corneta para que se apagasen las luces. Una tristeza fúnebre. Yo gemía, me bebía mis propias lágrimas, me sentía morir. Pero al mismo tiempo experimentaba una alegría enigmática que era como el reflejo de mi dolor. Entraba Louis, el segundo empleado: «¡Ya estás con tus histo-

III

VOLVÍ AL CAMPO CON mi padre. Otra vez los clavos, la historia de siempre. La primavera no conseguía hacerme amar la naturaleza. Solo estaba contento cuando volvía a Reims. Quitarme mis ropas manchadas de tierra, lavarme bien, ponerme guapo, coger mi bici y alejarme de mi prisión, ¡qué alivio!

Ya no me interesaba la religión, pero continuaba apasionándome por el rey, y cada vez militaba más. Asistía a las reuniones públicas organizadas por los partidos de izquierdas. No tenía intención de tomar la palabra, pero en mitad de un bello discurso me acercaba a la puerta y gritaba: «¡Viva Daudet! ¡Viva Maurras! ¡Abajo la república!». Y salía pitando. Aquello no les impresionaba mucho. Semejante cagueta era más divertido que otra cosa. Con todo, había progresado: llevaba pantalones largos. Un bastón de bambú, una flor de lis plateada en la solapa de mi abrigo.

Fue gracias a la Action Française que conocí a Nathaniel y a Gilbert. El Primero de Mayo de 1925. Seguía a una manifestación de huelguistas. Ellos eran cerca de un millar, y yo completamente solo, con mis periódicos bajo el brazo, gritando a pleno pulmón: «¡Compren la *L'Action Française*, órgano del nacionalismo integral!». Bastante sangre fría. Ellos no se cabreaban demasiado, me insultaban al pasar y me escupían a la cara. Cuando pasábamos, la gente se quedaba con la boca abierta. Pero de golpe sentí que me tocan el hombro. Me doy la vuelta. Gilbert estaba emocionado. Me sonreía con un encanto exquisito. Nathaniel debió decir entonces alguna encantadora barbaridad, algo como: «¡Mi hermana pequeña no se atrevería a tanto! ¡Es usted un héroe, caballero!». Después sacó su pañuelo y lo pasó por mi rostro. ¡Me parecieron tan

desconcertantes, tan especiales! Sobre todo Nathaniel, con su aire de bonzo bromista, sus ojos de mariposa detrás de sus gafas, la inmovilidad maliciosa de sus rasgos. Gilbert llevaba un traje de corte excéntrico que me pareció el colmo de la elegancia. Abandoné la manifestación para ir a tomar un trago con ellos al bar Cyrano, en el passage Talleyrand. Poco después se convirtieron en mis dioses.

Mayo, y después junio, julio, agosto... La ferocidad del sol hacía todavía más odiosa mi condición de agricultor. Junto a los dos obreros había comenzado a construir un largo camino que conducía a la carretera. Quitar las malas hierbas, cavar, mover las piedras con una carretilla, sacar la arena de un arenero. El polvo, el sudor, la imposibilidad de esconderme en el bosque más alejado del taller para que mi padre no se diera cuenta de mi ausencia. Después de comer me sentaba en la gruesa rama de un sauce que pasaba sobre el riachuelo. El agua que corría, el balanceo de los rosales, el canto soñador del cuco me calmaban un poco, me ayudaban a superar la tristeza. Cuando caía la noche subía a acostarme. Sobre los muros de mi habitación había pegado los retratos de algunos hombres a los que admiraba: Maurras, Daudet, el conde de París, Rostand, Roger Karl en el papel de Lesurque, quizá también Victor Hugo sobre su promontorio de Guernesey.

Me asfixiaba. Me repetía que aquello no podía durar, confeccionaba discursos incendiarios. La mera visión de mis padres, de mis hermanos y hermanas me llenaba ahora de cólera, me causaba una angustia intolerable. ¿Terminaría por parecerme a ellos, por matar todos mis deseos? Cuando nos sentábamos a la mesa las ganas de reír y de llorar me embargaban por igual. La vida les llevaba de un día a otro y ellos flotaban sobre sus aguas. Estaban vivos del mismo modo que la nieve es blanca, como el cuatro viene después del tres, razonablemente, sin ninguna extrañeza. Y mis pensamientos, mis sentimientos, componían un universo nunca visto en el que me adentraba con un temor ambicioso, una irresistible curiosidad. Huir a París. Allí encontraría mi oportunidad. Solo allí.

SEGUNDA PARTE

I

EMPECÉ ESTUPENDAMENTE. EN LAS mejores condiciones para guardarme de la tentación y no decepcionar a Dios. Alain resultó ser más servicial incluso que Gaspard, y tenía la billetera siempre abierta. Me encontró rápidamente una habitación en Saint-Ouen en casa de un amigo, y después, la mañana siguiente a mi llegada, un empleo de oficinista en la fábrica Renault. Quinientos francos al mes. Inmediatamente le puse un telegrama a mi padre contándole la noticia.

Alain me introdujo en el medio de los Equipos Sociales. Eran católicos de buena cuna, distinguidos y apostólicos. La burguesía, de la cual por otra parte ellos eran brillantes representantes, les disgustaba por su egoísmo, su estrechez, su sequedad. Se esforzaban por no ser biempensantes. Todos tenían algo de barresiano, una gravedad muy francesa, elegante y culta. Todos estaban atrapados en su complejo de clase, su calurosa religiosidad, la excelencia de sus maneras. Intentaban, con una emocionante torpeza y una honestidad meritoria, liberarse de su atavismo y ser dignos del futuro. Entre ellos yo sentía el mismo placer que en el círculo Saint-Michel, pero multiplicado por todo lo que París podía ofrecer. Tanto los unos como los otros parecían conspiradores. Educadamente conspiraban contra el materialismo del siglo; educadamente, pero con todo su corazón, con una entrega que no conservaba prácticamente nada mundano. Creo que Garric, su jefe, sentía verdadera amistad por mí y que por lo tanto sufrió por

mi conducta. La última vez que hablamos fue en la esquina de la rue de Luynes y el boulevard Sain-Germain. El asombro desaprobador que yo le causaba no lograba hacer menos dulce la mirada que posaba sobre mí. Me impacientaba. Hubiera deseado lanzarme sobre el río de coches y llegar al lado contrario, como una orilla distinta a la que hubiera arribado. Él lo percibía y las palabras severas que pronunció disimulaban mal un cansancio doloroso, la pena que le causaba nuestra separación. En aquel momento me volví un extraño para él, ya no lograba comprenderme, y quizá se inquietaba por el misterio de aquella metamorfosis. Quizá escuchaba su propia voz con la tristeza que provoca el esplendor de la partida a aquel que se queda en tierra y lanza al navegante un último adiós.

Viví aquellos primeros días en una relativa tranquilidad. La oficina, después el tranvía hasta la porte de Saint-Cloud, el metro, la place de Rome y el inmueble de la Action Française. Aquellos sí eran auténticos *camelots*, decididos, estruendosos, y que lo primero que hicieron fue preguntarse si no sería yo un espía del *Libertaire*. Era inevitable. Para no desentonar en una ciudad tan evidentemente superior a aquella de la que venía creí necesario exagerar. Escondía mi timidez bajo una apariencia de audacia, de fría determinación. Pedía a unos y a otros que me utilizaran en las misiones peligrosas, ofreciendo mi vida por la causa, buscando el martirio con una intensidad difícilmente aceptable. Un día apareció Daudet. Jovialmente estrechó las manos que se le tendían, después me miró con atención y dijo: «¿Tú eres el que está deseando servir? Eres demasiado joven, tendrás que esperar». El domingo vendí el diario en los bulevares.

En la A. F. hice amistades. Estudiantes bulliciosos, idiotas de una sola pieza, juglares inveterados de la vieja Francia que me llevaron al Barrio Latino. Con frecuencia entraba en el Luxemburgo. Allí me encontraba con mis amigos que me acogían con una alegre benevolencia, un aire protector. Me probaban, dudosos de lo que

podría ofrecer aquel pequeño de provincias cuya admiración daban por sentada. Yo los escuchaba humildemente, excitado por su presencia, orgulloso de mí mismo como si me hubiese vuelto bello de golpe; pero sufriendo por la indiferencia y el desprecio de las muchachas que les acompañaban. Ellas detectaban en mí al virgen, al suspirante de tarjeta postal, y veían en mi respeto hacia ellas una prueba evidente de mi ingenuidad. Yo no habría osado tocarlas y ellas se dejaban besar a cambio de un café con leche. Era igual de ignorante que ellas, pero llevaba siempre bajo el brazo la obra de un gran autor que en cualquier caso ellas nunca leerían. Usaban todo el tiempo expresiones vacías que creían extremadamente inteligentes y que colocaban un poco a la buena de Dios: «Todo es relativo» o «La vida es un mundo», o incluso *Sic transit gloria mundi*. Después de aquello volvían a sus historias de ropas o de revolcones.

Volvía a casa a las once. No vagabundeaba, pues la noche me daba pavor. Para escapar de ella, para no ser arrastrado como por la subida de la marea, me esforzaba en imaginarme claramente los peligros que me haría correr. Tenía un empleo, había entrado en la vida por la puerta adecuada, podía contar con la fidelidad de mis protectores. Era necesario no salirse de las marcas, limitarme. Mientras tanto, cuando volvía a casa apresuradamente, me obsesionaba la dulzura tentadora, la poesía como un murmullo y una ofrenda de todo aquello que podía sentir junto a mí. Las calles, las luces, la multitud, eran la orilla de un mundo en el que ardía en deseos de sumergirme, de perderme. En ciertos momentos mi obsesión tomaba tal cariz que me costaba continuar mi camino y me veía obligado a luchar como se lucha contra el viento en una tempestad. Recuerdo una tarde en la que había llegado a la porte de Saint-Ouen. En aquella época los edificios de las antiguas concesiones todavía existían. La avenida se estrechaba en aquel punto y tomaba un aspecto sórdido. Sentado en una esquina, un mendigo cantaba una canción de moda:

GÉNESIS DE LA DEFAITE¹²

¡Si me acuerdo de algo, es de eso! Iba a muscular mi espíritu, suprimir mis fantasmas y volver a partir con buen pie. Escribí ese libro como quien se rasca, para poner fin a mi urticaria. Estaba convencido de que no quedaría nada de mi antigua piel. Después arreglaría cuentas conmigo mismo. ¡Hacía mucho tiempo que me merecía una buena tunda! En cualquier caso, creía estar haciéndome un bien. La última página escrita me dejó con una impresión extraña. Si me había renovado, ¿me reconocería? ¡En el fondo no quería hacerlo! Cuanto menos parecido haya mejor.

Es bastante extraño: este libro constituye mi único éxito, mi único ornamento. Y sin embargo era lo que menos me convenía. Nuestro parecido no me causa ningún placer.

Si ciertos pasajes no han dejado de emocionarme, sé muy bien lo que le falta a mi emoción... De qué debilidad es fruto. Sigo siendo incapaz de vanagloriarme. Y yo siempre he deseado juzgarme severamente.

Escribí este libro para cerrarme la boca. ¡No, el futuro no me vencería, y yo iba a castrarlo de golpe! ¡Me negaba a sus metamorfosis!

¡Oh! ¡Impagable ingenuidad! Yo ignoraba todo acerca de quién era, pero no admitía la posibilidad de ser otro.

12 Estas notas, escritas en 1966-1967, fueron extraídas del diario de Pierre Minet, publicado con el título *En mal d'Aurore. Journal 1932-1975* por Le Bois d'Orion, en L'Isle-sur-la-Sorgue, en 2002.

Un sentimiento continuaba inspirando mi conducta: la pasión, la libertad. ¡Esas sí eran grandes palabras! Sin embargo, ese sentimiento venía bien a lo que yo quería decir, y creo que lo prostituí. Practiqué la libertad tan naturalmente como se respira, sin ninguna restricción, pero igualmente sin ningún mérito. No volveré sobre una posición descrita exhaustivamente en estas páginas, y que, todavía hoy, me parece haber valido su peso en oro. El oro de la inocencia, el vagabundaje considerado como un cuento de hadas, como rimbaldismo de las mil y una noches. Lo que importa es que por haber vivido esa experiencia me creí a salvo, y que, mientras la evocaba, pretendí describir el paraíso. Nada menos. Coleccionaba estados de gracia, y oponía victoriosamente a los jadeos del hombre en que me había convertido la desenvoltura milagrosa del adolescente que fui. En otro tiempo aquello se llamaba poesía, ahora se llama trabajo. ¿Cómo podría yo dudar acerca de mi preferencia?

Lo que emprendo está lejos de ser fácil. En suma: quiero pensar. Siempre he querido pensar. Por qué medio, eso no lo sé. Todavía. Tampoco lo sabía en el tiempo de *La derrota*. Solo estaba seguro de la necesidad de hacer limpieza. ¡Y qué de mugre! Empezando por la de la edad. Me repetía que no hay nada más sucio que la vida, tenía vergüenza, me enternece frente a mi antigua blancura, y esperaba que a fuerza de frotar la haría reaparecer. Quizá lo conseguí... ¿En provecho o en detrimento de mí mismo? Y ese joven subido al pedestal, ¿me atreveré a seguir manteniendo que resplandece? ¿A festejar su brillo?

Quiero pensar... ¡Hay que escucharse a uno mismo! Con dieciocho años pensar, para mí, consistía exactamente en esto: quedarse quieto. Como la bola que se inmoviliza después de una última parábola.

El jugador gana, o pierde. Si se diese la casualidad de que me encontrase en uno de mis días buenos —o de mis momentos buenos— podía ganar mucho.

UNA LECTURA ITALIANA
DE LA DERROTA¹³

9 de mayo de 1960

Minet, *La derrota*: es el único libro (a parte de algunos otros, muy raros, de los que te escribí justo después de mi enfermedad) que me ha golpeado profundamente desde que estoy en Londres. Es la «confesión» de un tipo que, de joven, conoció a Daumal y a Gilbert-Lecomte, que vivió en París como un vagabundo. Nunca había leído un libro en el que la intolerancia estuviera tan presente; ni tan auténtico, ni tampoco tan alejado de toda posibilidad de compromiso; y tiene páginas, particularmente en los capítulos centrales, sobre la exaltación y la euforia de la libertad que te penetran hasta los huesos, y que me han llevado a sentir verdadera vergüenza de la vida que llevamos. Esto no tiene nada que ver con los saltos al vacío de los *angry young men*. Un Maurice Sachs, comparado con él, no es más que un *fils à papa*, vicioso y viciado, pequeño especulador y narciso muy, muy prudente.

Ruptura con la familia de provincias, huida a París. Tentativas de trabajo, desavenencias con los patrones, París sin techo con una camisa y (al parecer) un único par de zapatos, sin maleta, hambre que en lugar de ser una preocupación no es sino alegría

13 Este texto está extraído de *Lettere editoriali* de Roberto Bazlen, publicadas en 1968 en las ediciones Adelphi de Milán. Reproducimos aquí la carta consagrada a *La derrota*, en la traducción de Adrien Pasquali (*Letters éditoriales*. Nantes: Éditions La Passeur-Cecofop, 1999).

NOTICIA

EN MARZO DE 1947, el número veintiocho de la revista *La Nef* reproducía fragmentos de *La derrota*. Jean Paulhan escribió a Pierre Minet: «Los capítulos que aparecen en la última *Nef* son muy bellos. He ahí por fin el tema, el tono —la belleza— que esperábamos de usted. ¿El libro está libre? ¿Le gustaría dárselo a Gaston Gallimard? (yo ya le he hablado de ello)».

El texto íntegro aparecerá, ese mismo año, en las Éditions du Sagittaire de París. León Pierre-Quint, por entonces director de esa editorial, escribe a Pierre Minet el 13 de junio de 1947: «Mi querido Pierre: me dices que has escrito tu último libro para desbarazarte de cierto personaje que eras tú en otro tiempo, pero es cierto que si bien uno puede cambiar de ideas, no cambia de carácter, y creo que tú consideras *La derrota* como una victoria...».

La obra fue reeditada, precedida por un prólogo, en 1973 en la editorial Jacques Antoine de Bruselas. En 1994, las Éditions Allia realizaron una tercera edición, igualmente precedida de un prólogo y enriquecida con el texto «Génesis de *La derrota*», nota escrita en 1966-1967, y extraída del diario de Pierre Minet, por entonces inédito y que fue publicado más tarde por Le Bois d'Orion a L'Isle-sur-la-Sorgue en 2002, bajo el título *En mal d'Aurore*.

Muchos testimonios, fechados en la época de la primera edición, muestran el inmenso interés que había suscitado *La derrota*, libro de confesiones al mismo tiempo que documento.

Así, André Breton escribió: «Me ha gustado mucho *La derrota*. Un poco menos las últimas páginas, demasiado pesimistas para mi gusto. ¿Pero cómo puede creer en la derrota? Aquel que